

JOSÉ VICENTE ALFARO

# EL ÚLTIMO ANASAZI

*El destino de todo un pueblo  
dependía de un solo corazón*

**CAPÍTULO 1º**

# EL ÚLTIMO ANASAZI



JOSÉ VICENTE ALFARO

Primera edición: Julio 2015

© DSt Producciones

© José Vicente Alfaro

Cubierta y diseño de portada:

© Juan Luis Torres Pereira

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor.

*Para Juanlu, un amigo en el camino.*

## PREFACIO

Un frío día de diciembre de 1888, un curtido ranchero estadounidense maldijo entre dientes cuando advirtió que unas cuantas reses de su ganado habían desaparecido, mientras las conducía a través de las mesetas de Colorado. Sin dudarlo, cabalgó en busca de los novillos, internándose a través de un auténtico laberinto de áridas llanuras y cañones abismales. En un momento determinado, el asombrado ranchero alcanzó a divisar desde el borde de un acantilado, en el lado opuesto del cañón y al abrigo de la pared de roca, las ruinas de una antigua ciudad construida en piedra.

El descubrimiento del ranchero animó a los arqueólogos a explorar la región y numerosos asentamientos indígenas fueron localizados, constituyendo la mejor prueba de la existencia de una avanzada civilización extinta en aquellas tierras.

El pueblo anasazi se estableció y floreció en el sudoeste de los Estados Unidos, en la región conocida como «las Cuatro Esquinas», confluencia de los actuales estados de Colorado, Nuevo México, Utah y Arizona, erigiéndose como una de las civilizaciones precolombinas más importantes de América del Norte. El desértico paisaje, de inquietante y sobrecogedora belleza, se caracteriza por sus altas mesetas, cordilleras con perfiles de sierra, profundos cañones y macizos llanos conocidos como mesas. Los ríos son escasos y ninguno de ellos es navegable.

Los anasazi practicaban la agricultura, dominaban el arte de la cerámica y la tejeduría, poseían destacados conocimientos en astronomía, y dejaron grabados incontables dibujos y petroglifos en los acantilados del desierto. Su logro más importante, no obstante, lo efectuaron en el campo de la arquitectura, llegando a construir edificaciones de piedra de hasta cinco pisos de altura, las más elevadas de Norteamérica hasta que surgieron, a finales del siglo XIX, los primeros rascacielos forjados en acero.

Pese a todo, la cultura anasazi nunca llegó a alcanzar el grado de expansión y desarrollo de otras civilizaciones coetáneas —mayas o toltecas— de la América Central.

La historia de los anasazi continúa siendo un misterio hoy en día debido a la ausencia de fuentes escritas. Durante seiscientos años poblaron aquellas tierras hasta que en el siglo XII, encontrándose en el apogeo de su civilización, esta se vino abajo casi de repente, y sus habitantes abandonaron las ciudades y se vieron obligados a emigrar. Durante su última etapa, los anasazi se instalaron en las concavidades naturales de las

paredes de los cañones, donde algunos de ellos sobrevivieron hasta su desaparición definitiva a comienzos del siglo XVI.

Tras la conquista de México, los españoles organizaron una expedición al Norte encabezada por Francisco Vázquez de Coronado, con el fin de explorar los territorios anasazi en busca de una legendaria ciudad de oro —Cíbola— de la cual habían oído hablar. No obstante, tras dos años de infructuosa búsqueda, Coronado regresó arruinado y desprestigiado, reconociendo como propio el fracaso de la expedición. Los conquistadores españoles nunca encontraron la mítica ciudad, pese a los cuantiosos testimonios que avalaban su existencia.

El conocimiento que poseemos sobre los anasazi procede fundamentalmente de los restos arqueológicos hallados en sus antiguos asentamientos abandonados, así como de la tradición oral de los indios pueblo, como los hopis, los zuñi o los tewa, a quienes hoy en día se les considera como sus descendientes.

Se ignora con qué nombre se designaban a sí mismos los anasazi, si bien en la presente novela yo me referiré a ellos como tal. El vocablo «anasazi» significa «los antiguos», y es el nombre que la tribu de los navajo le otorgó a aquel antiguo pueblo constructor de ciudades de piedra.

Se estima que el súbito y enigmático declive de la civilización anasazi no respondió a un solo motivo, sino posiblemente a un conjunto de factores interrelacionados entre sí. Pero... ¿cuáles fueron las razones que llevaron a un pueblo tan avanzado a desaparecer en un espacio de tiempo tan breve? ¿Qué les pudo ocurrir...?

## INTRODUCCIÓN

*Finales del siglo XI*

*Cañón del Chaco. Territorio anasazi*

La joven anasazi dejó atrás el recinto amurallado de la ciudad y tomó un sendero que corría paralelo a la pared del cañón. La luz de la luna tendía un velo de claridad y el fulgor de numerosas hogueras se elevaba hacia el cielo. Un centinela que hacía guardia en la terraza del piso más alto la observó partir en silencio. No se inmutó porque sabía perfectamente quién era y ya se había acostumbrado a sus fugaces paseos cuando se abatía la oscuridad.

La muchacha adoraba rezar en un lugar apartado, en intimidad con la Madre Tierra, para agradecer a diario la próspera vida con que había sido bendecida: hijos sanos, un esposo entregado y una honorable posición. La noche era cálida durante aquella época del año. Su vestido de piel de ciervo ondeó al compás de la brisa y sus brazaletes de nácar y azabache tintinearón al ritmo de su grácil caminar. Escasos minutos después dejó atrás el pedregoso sendero y se adentró en una pequeña arboleda de enebros.

Los bosques cercanos habían visto reducida drásticamente su extensión a lo largo de varias décadas de tala incontrolada. ¿El motivo? La obtención de madera para la construcción y como leña para el fuego. Felizmente, aún quedaban varias hectáreas de terreno arbolado en las inmediaciones del cañón.

Aunque no era prudente que fuese sola, el sitio se hallaba muy cerca de la ciudad y no había peligro de ser asaltada por ningún enemigo. En aquel bosque había encontrado su particular santuario de paz, y llevaba meses repitiendo el mismo recorrido y realizando idéntico ritual. El viento silbó en las alturas, entre los acantilados de roca y los desérticos riscos, y un búho de ojos dorados parpadeó sobre la rama de un enebro. La muchacha no tardó en llegar a un claro coronado por una piedra y rodeado de arbustos de amaranto de color carmesí. Aquel era su lugar favorito para ponerse en armonía con su espíritu.

Largo tiempo atrás alguien había pintado en la piedra la silueta del dios de la fertilidad, Kokopelli, que adoptaba la forma de un flautista jorobado. La joven anasazi contempló el dibujo, iluminado por el firmamento estrellado que se filtraba entre la

arboleda. El dibujo apenas se había deteriorado y todavía se hallaba en un excelente estado de conservación. La muchacha se sentó sobre la roca y aspiró la dulce fragancia que desprendían el amaranto y la artemisa. A continuación cerró los ojos y, cargada de misticismo, murmuró una oración que se fundió con el arrullo de la noche.

No había transcurrido mucho tiempo cuando alguien la abordó repentinamente por la espalda. Con una mano le tapó la boca y con la otra la asió por la cintura, inmovilizándole los brazos. El corazón de la muchacha latió desbocado y un amago de alarido se le murió en la garganta. Asustada, trató de zafarse del individuo que la retenía, pero fue en vano porque la tenía bien sujeta. Quienquiera que fuese, se había deslizado por la espesura sin hacer el menor ruido.

—No te muevas, o te garantizo que no verás el próximo amanecer.

La voz pertenecía a un hombre joven. El tono era inequívocamente frío y desprendía un profundo odio que la exhortó a obedecer.

—Te soltaré y dejaré que te des la vuelta —añadió—. Pero si gritas, te mataré aquí mismo.

Cuando el hombre la soltó, tal como había anunciado, la muchacha estuvo tentada por un instante de echar a correr. De nada habría servido; estaba segura de que a los pocos metros la hubiese atrapado. Atenazada por el miedo, se giró hasta situarse cara a cara con su asaltante, e inconscientemente retrocedió un paso fruto del temor. El individuo ocultaba su rostro tras una máscara de *kachina*, que debía de pertenecer a una de las *kivas* de Ciudad Chaco. Era el *kachina* coyote. ¿Quién sería ese hombre y cómo se había atrevido a robar un objeto sagrado? Semejante acto de sacrilegio se castigaba con la muerte.

—Túmbate en el suelo —ordenó—. Deprisa.

—No, por favor. Te lo ruego.

Aunque el individuo no portaba ningún arma, la increíble determinación de su voz la impelió a transigir. Sus súplicas no le valieron de nada. Enseguida se le echó encima y le separó las piernas con violencia. Sintió el peso de su cuerpo y el contacto con su piel. Un harapiento taparrabos era todo cuanto el hombre llevaba encima. La joven miró en derredor deseando que alguien la salvara en el último momento, pero no vio más que las retorcidas formas de los árboles en la oscuridad. Después comenzó a

sollozar e instintivamente trató de oponer resistencia. Movi6 la cabeza a uno y otro lado y agitó los brazos en actitud defensiva.

—Si no quieres morir, será mejor que no te resistas —advirtió.

Las palabras surtieron efecto y la muchacha terminó por dejarse hacer. Deseaba conservar la vida para que sus hijos no la echaran de menos. El hombre la penetró y la embistió una y otra vez, abriéndose paso hacia el interior de su cuerpo. La joven se mordió la cara interna de la mejilla y el sabor de su propia sangre le llenó el paladar. Lágrimas de impotencia le quemaban en los ojos.

La máscara de *kachina* ocupaba todo su campo de visión. El *kachina* coyote, bordeado de plumas negras, mostraba afilados colmillos blancos pintados en el morro y unos acechantes ojos relucientes. Extrañamente, percibió que su agresor no estaba poseído por la lujuria, sino más bien por un odio enfermizo. La joven se obligó a dejar la mente en blanco, preguntándose cómo una noche tan hermosa había podido transformarse en aquella espantosa pesadilla.

Algunos minutos después, el desconocido individuo se estremeció cuando alcanzó el clímax y, complacido, se puso en pie jadeando aún por el esfuerzo. Al principio no se movió y continuó observando a la joven a través de las dos diminutas ranuras efectuadas en la máscara de *kachina*. Los aullidos de una manada de lobos resonaron en las alturas de un cerro.

—Dijiste que me dejarías vivir —balbuceó la muchacha, temerosa de que al final el asaltante no cumpliera con su palabra.

—Y así lo haré. Tan solo una cosa más —espetó—. Dime dónde está Cíbola.

—¿Acaso no sabes que el sumo sacerdote es el único que conoce la ubicación de la ciudad sagrada? —Pero al ver que el hombre seguía aguardando su respuesta, replicó convencida—: No sé dónde está. No te miento.

El hombre la creyó y comenzó a separarse de ella. La joven suspiró aliviada. En cuanto se hubiese marchado correría hasta Ciudad Chaco y daría la voz de alarma. Aunque les llevase cierta ventaja, si una partida de guerreros partía de inmediato, muy pronto encontrarían su rastro y acabarían por darle caza.

Entonces, cuando ella ya no lo esperaba, el individuo se despojó de la máscara. La joven, horrorizada, contempló el rostro de su agresor. El hombre exhibió una siniestra sonrisa, sabedor de que al desvelar su identidad se garantizaba el definitivo silencio de su víctima...

## PRIMERA PARTE

### TOKPELA (EL ESPACIO INFINITO)



*«Creemos que el espíritu impregna todo lo creado y que todas las criaturas poseen un alma en algún grado, aunque no forzosamente un alma consciente de sí misma. El árbol, la cascada, el oso gris... cada uno de ellos es una Fuerza encarnada y, como tal, objeto de reverencia».*

Sabiduría popular de los nativos americanos

*Siglo XVI. Año 1514 d. C.*

*Aldea de Awatovi. Territorio hopi*

Hacía ya varias jornadas que habíamos emprendido la travesía, tomando como punto de partida mi aldea natal: Awatovi.

La excitación que sentí entonces ante la perspectiva de realizar aquel viaje no había disminuido un ápice, pero tampoco podía negar que el camino a través de aquel paraje semidesértico se me estaba haciendo eterno. Nos desplazábamos a pie, y el sol escupía su abrasador calor sobre la tierra apelmazada, sembrada de cactus y artemisa. Avanzábamos por un territorio de extensión inconmensurable, absolutamente deshabitado desde que se le atribuyese su condición de maldito. Tan solo nos hacían compañía un par de halcones que trazaban círculos en el cielo y las culebras que se deslizaban entre los arbustos, ajenas a nuestra inesperada presencia allí.

Me acompañaban mis padres y mi abuela materna, y si ella no se había quejado pese a las circunstancias adversas, yo tampoco lo haría. Peregrinábamos hacia las tierras que un día poblaron nuestros antepasados, durante su época de mayor esplendor. Desde un punto de vista espiritual, se trataba del viaje más importante que haríamos en nuestras vidas.

Nací hace dieciocho veranos y mis padres me dieron el nombre de Xabel. Desde entonces, no había pasado un solo día sin que me repitieran que yo era especial. Según decían, yo era el último anasazi.

La civilización anasazi, me explicaron, se vino abajo muchas generaciones atrás, y la población superviviente se desperdigó en busca de nuevas tierras que habitar, perdiéndose a partir de aquel momento la identidad de pertenencia a un mismo pueblo. Los anasazi abandonaron sus tierras ancestrales divididos en clanes y grupos familiares, tomando cada uno de ellos un rumbo distinto. La mayoría se refugió en las concavidades de los acantilados, lugares casi inaccesibles que constituían una defensa natural frente a los potenciales ataques externos. Pero la vida en aquellas condiciones extremas resultaba tan difícil, que con el tiempo algunos de ellos se fueron integrando en el seno de otras sociedades indígenas de naturaleza pacífica. Mi familia provenía de un clan que había logrado sobrevivir de forma aislada durante siglos, hasta que, asediados por las dificultades, sus últimos miembros se unieron a una aldea hopi en la que fueron bien acogidos.

Yo nací en aquella aldea, pero mis padres me recordaban constantemente mi verdadero origen y la estirpe anasazi a la que yo pertenecía. Y por si aquello no fuera suficiente, mi familia sostenía que yo estaba tocado por el Espíritu. Semejante afirmación provenía de mi abuela, quien, poseedora de una sensibilidad fuera de lo común, vislumbró en mí aquella singular condición en cuanto me trajeron al mundo. En esencia, aquello venía a significar que yo estaba dotado de un poder único que me capacitaba para comunicarme con los espíritus de los Antepasados. Y, según me explicaron, nacer bajo aquel signo tan solo sucedía una vez cada muchísimos años. Además, se creía que la persona bendecida con aquel asombroso don estaba llamada a desempeñar un rol fundamental en el destino del pueblo anasazi. El legendario Yuma, conocido por ser el último gobernante de la nación, también nació con aquella extraordinaria cualidad, que nadie más había vuelto a tener desde entonces.

Por todo ello, crecí sintiéndome especial y, por qué no decirlo, diferente del resto. Alguien destinado a lograr grandes hitos y protagonizar épicas aventuras, en lugar de cultivar la tierra como un simple campesino. No obstante, la realidad era testaruda y se empeñaba constantemente en ponerme en su sitio. Lo de saberme tocado por el Espíritu me confundía más que ayudaba. ¿De qué manera se suponía que mi actuación habría de resultar determinante para el futuro de mi pueblo, si la nación anasazi ya llevaba largo tiempo desaparecida? ¿Por qué había sido entonces bendecido por el Gran Espíritu para asumir una responsabilidad que no podía cumplir? Todas aquellas ideas no dejaban de atormentarme, y ahora lamentaba que mis padres me las hubiesen implantado tan arraigadamente en la cabeza. Sin embargo, ya no podía huir de lo que era, ni tampoco de lo que se esperaba de mí.

—Ya estamos cerca, Xabel. —Mi padre había peregrinado a aquel lugar sagrado cuando tenía más o menos mi edad, y no había olvidado la ruta. Estábamos siguiendo los antiguos caminos anasazi, todavía reconocibles sobre la superficie de la tierra pese a la notable erosión.

Cuando por fin enfilamos el cañón del que tanto había oído hablar a mi familia, la visión que se desplegó ante mí me dejó totalmente perplejo. En la lejanía se distinguían las primeras ciudades: antiguas poblaciones construidas de piedra arenisca que languidecían a merced de las inclemencias del tiempo. Nada que ver con las modestas chozas de paja y adobe en las que las tribus residían en la actualidad.

—El Cañón del Chaco —murmuró mi abuela con un brillo de pasión en la mirada—. El hogar de nuestros antepasados.

Según me habían contado, a lo largo del cañón había más de una decena de ciudades, y en las zonas perimetrales, al menos un centenar de aldeas, de las cuales hoy solo quedaban las ruinas. La escasez de agua había acabado con la agricultura que sostenía a la cuantiosa población.

Mi padre nos condujo directamente hacia el núcleo urbano más importante: Ciudad Chaco, la antigua capital de la nación anasazi.

Yo continuaba como hipnotizado. La metrópoli, en forma de media luna amurallada, había sido erigida al pie del acantilado, y estaba organizada en hasta cinco plantas de altura. Accedimos al interior por una estrecha puerta y desembocamos en una gran plaza, partida por un muro divisorio alineado de norte a sur. Observé que un derrumbamiento de parte de la ladera del cañón había sepultado un ala del piso más alto. Las plantas estaban emplazadas unas sobre otras, de forma escalonada, de manera que los tejados de las viviendas inferiores servían de terraza para las de más arriba. A lo largo de los diferentes pisos se distribuían cerca de ochocientas cámaras, que habían hecho las veces de residencias, almacenes y sedes gubernamentales, y habían dado cobijo a no menos de dos mil habitantes.

Atravesamos la plaza y nos detuvimos ante una gigantesca *kiva* como nunca antes había conocido. El recinto sagrado excavado en el suelo consistía en un círculo casi perfecto, inmenso, cuyo interior quedaba a la vista porque la techumbre de madera se había podrido tras siglos de abandono. Otra veintena de *kivas* de menor tamaño se hallaban repartidas por todo el núcleo urbano.

Me separé de mi familia y comencé a explorar la ciudad por mi cuenta. Recorrí los habitáculos por cuyas entrañas tantas vidas habían pasado, ahora completamente vacíos salvo por algunos restos de cerámica quebrada y por los dibujos desgastados que aún se intuían en muros y paredes. Me encaramé a la azotea de la primera planta y desde allí imaginé cómo habría sido el latir de aquella población en pleno apogeo: los artesanos y tejedores desempeñando su labor en las terrazas, los sacerdotes rindiendo culto a los *kachinas* en el interior de las *kivas*, los vigías apostados en las zonas más altas, los aldeanos que recorrían grandes distancias para contemplar las danzas ceremoniales que la plaza acogía, y los poderosos gobernantes preocupados por la responsabilidad que suponía regir los designios de la nación. ¿Cómo podía haberse torcido todo de tan mala manera? ¿Cómo había llegado a desaparecer tan repentinamente una civilización que había alcanzado semejante grado de evolución y desarrollo?

El fantasmal silencio que reinaba en el lugar atronaba en mis oídos y, al mismo tiempo, me pareció oír el eco del llanto y de las risas de todos los que allí habían vivido y muerto, como si sus espíritus siguiesen atrapados entre aquellos muros.

Una suave brisa que arrastraba el olor seco del desierto me rozó la cara y me devolvió a la realidad. Mi padre palpaba la piedra exterior de un viejo almacén, mientras mi abuela sostenía entre las manos un carcomido collar de azabache que había encontrado en el suelo. Mi madre, por su parte, deambulaba por la plaza sumida en sus pensamientos, dejando entrever una sonrisa cargada de melancolía.

Aproveché aquel momento para entrar en una cámara escasamente iluminada, donde cerré los ojos con todas mis fuerzas y traté de invocar a los espíritus de los Antepasados. Como tocado por el Espíritu —si es que mi abuela estaba en lo cierto—, se suponía que estaba capacitado para establecer aquella comunicación ultraterrena, aunque lo cierto era que por muchas veces que lo había intentado, nunca se había llegado a producir. Yo, aun así, no desesperaba y me había convencido de que el mítico escenario que me proporcionaría Ciudad Chaco serviría para sacar por fin mi don a relucir.

Sin embargo, una vez más mis esfuerzos fueron en vano y un profundo sentimiento de desánimo caló dentro de mí. Aquel inesperado fracaso me hizo tanto daño, que por vez primera dudé de mi supuesta condición de elegido. No se lo conté a mi familia para evitar decepcionarlos, aunque sabía muy bien que, de haberlo hecho, en nada habría cambiado la fe ciega que ellos tenían en mí.

Pasamos el resto del día en la ciudad abandonada, explorando sus estancias y saboreando los detalles de su arquitectura, deslucidos tras su larga exposición al implacable paso del tiempo. Mi familia me contó historias del glorioso pasado anasazi, y aunque muchas de ellas ya las conocía, no me importó volverlas a escuchar estando en persona en el escenario donde ocurrieron. Mi abuela, en particular, me habló de una fabulosa ciudad llamada Cíbola, orgullo máximo de la civilización anasazi, que muy pocos habían visto y cuya ubicación actualmente seguía siendo desconocida. También me hablaron de Yuma y de otras personalidades que marcaron el devenir de nuestro pueblo antes de que se produjese su inevitable ocaso.

Tras haber tenido la oportunidad de visitar aquellas tierras, me causó una enorme admiración la fortaleza mostrada por mis antepasados para adaptarse a un entorno tan hostil y hacer florecer allí una sociedad que perviviese durante tantos siglos, y me

entristecía ver que ya nadie transitaba por aquel inhóspito territorio, convertido desde entonces en un lugar olvidado a la par que maldito.

Cuando emprendimos el viaje de vuelta, sentí que había conectado con las raíces de mi pasado, a pesar de que, paradójicamente, tenía que convivir con la certeza de que la estirpe anasazi estaba condenada a morir conmigo.

Varios días después recuperábamos nuestra rutina habitual, ya de vuelta en Awatovi, la aldea hopi en la que teníamos nuestro hogar. Nada había cambiado y una noche más mi familia y yo nos hallábamos conversando en torno a una tenue hoguera, bajo un cielo cubierto de luminosas estrellas y una luna teñida de azul. Una ceremonia menor, a la que decidimos no asistir, se celebraba en el centro del poblado.

No estábamos solos. Nos acompañaba Nezahualpilli, un personaje verdaderamente peculiar cuyas historias fascinaban a todos y a mí más que a ningún otro. Nezahualpilli era un mercader azteca que un día, harto de las interminables travesías, decidió renunciar a la sacrificada vida que le demandaba su oficio. Sin embargo, Nezahualpilli no quiso establecerse en la tierra que lo vio nacer, poco identificado ya con la filosofía de vida que llevaban los suyos. Y es que los aztecas, solía decir, siempre andaban en conflicto con las naciones vecinas, obsesionados con el arte de la guerra y dedicados en cuerpo y alma a su afán expansionista. No obstante, aquella faceta, ni siquiera era la peor, sino los múltiples y continuados sacrificios humanos que se realizaban a lo largo y ancho de toda la nación para satisfacer a los dioses con la sangre de sus desdichadas víctimas. Nezahualpilli había conocido innumerables pueblos a través de sus viajes, pero ningún estilo de vida le había complacido tanto como el exhibido por los hopis, pacíficos por naturaleza y dedicados principalmente al cultivo de las tierras y a la esmerada ejecución de sus coloridas ceremonias de índole religiosa.

Además, Nezahualpilli tenía una hija de quince años llamada Yayahuqui, que muy pronto se convertiría en mi futura esposa. Debido a su origen azteca, ningún hopi se habría casado con ella porque la tradición así lo establecía, pero mi caso era distinto, pues aunque yo también me había criado en la aldea, la sangre anasazi que corría por mis venas me eximía de aquella prohibición. Los rasgos exóticos de Yayahuqui me atraían y la muchacha había demostrado poseer un portentoso talento para la tejeduría, además de un corazón atento y generoso. Y pese a que el matrimonio se había fraguado

por disposición de los cabezas de familia, me sentía muy afortunado de poder contraer matrimonio con ella en la próxima estación.

Yo había monopolizado la conversación y pormenorizaba con entusiasmo los detalles de la antigua Ciudad Chaco, orgulloso de los logros alcanzados por mis ancestros. No obstante, y pese a que me escuchaba con suma atención, Nezahualpilli no dio muestras de sentirse especialmente impresionado.

—Xabel, tienes que entender que cuando has conocido Tenochtitlan, la ilustre capital del imperio gobernado por Moctezuma, no hay ciudad que se le pueda equiparar en grandeza y esplendor.

Entonces Nezahualpilli comenzó a describir las características de su ciudad natal, para deleite de todos nosotros. Tenochtitlan, explicó, fue fundada sobre un islote situado en un inmenso lago de agua salada, conectado a tierra firme mediante tres largas calzadas fabricadas con piedra, arcilla y argamasa, y cuyos pilotes de madera se hundían en el fondo del lago. Por lo general, las casas eran de un solo piso, pero el resto de las construcciones, como los templos, palacios y edificios públicos dispuestos por toda la ciudad, desafiaban la altura de una colina. En Tenochtitlan residían más de cien mil habitantes y, para ampliar sus dominios y crear nuevas zonas de cultivo, fabricaban las *chinampas*, gruesas capas de tierra que se tendían sobre el agua y se sustentaban también sobre pilotes, adquiriendo la apariencia de auténticas islas flotantes.

Nezahualpilli siguió hablando, aunque momentáneamente yo le había dejado de escuchar. No podía apartar de mi mente un dato en particular de todos cuanto había mencionado.

—Si el agua del lago es salada —le interrumpí—, ¿cómo se abastece a la numerosa población del agua dulce necesaria para cubrir sus necesidades y regar los cultivos?

—Por un lado, mediante el levantamiento de diques en la desembocadura de algunos ríos. Y por otro, y no menos importante, mediante la construcción de colosales acueductos.

Aquel asunto despertó en mí un gran interés.

—¿Qué es un acueducto? —pregunté.

Nezahualpilli adoptó una pose pensativa, tratando de buscar las palabras más adecuadas para que yo fuese capaz de entenderlo.

—Es una gran estructura que permite transportar ingentes cantidades de agua de un punto a otro. El agua discurre sobre amplios canales, soportados por pilares de gran

altura. Nuestro acueducto más importante trae el agua desde el cerro de Chapultepec, situado a una distancia más que notable, hasta el mismo centro de Tenochtitlan. Se dice que el emperador Moctezuma toma cuatro baños al día.

De repente, sentí una emoción tan intensa que sacudió todo mi cuerpo. Una extraordinaria idea, súbita y contundente, surgió de mi intelecto como si siempre hubiese estado ahí, latente, a la espera de poder contar con todas las piezas para darle sentido. Por fin comprendí lo que el destino tenía reservado para mí. Saberme el último anasazi siempre me había pesado como una losa, pero ahora tenía una misión que cumplir, congruente con mi condición de elegido.

Todos notaron mi sobresalto y yo les devolví una mirada cargada de satisfacción: primero a mis padres y a mi abuela, y después, a Nezahualpilli y su hija.

—Ya sé lo que el Gran Espíritu quiere de mí —proclamé con fervor—. Deberíamos hacer un llamamiento a todos los descendientes de origen anasazi que habiten en la región. Tanto a los que se encuentran integrados en las comunidades vecinas, ya sean hopis, zuñi o tihua, como los que se hallan más al norte. Tenemos que construir un acueducto que tome el agua de los manantiales que nacen en las Montañas del Oeste y la lleve hasta el Cañón del Chaco. Con un flujo de agua estable y permanente podríamos cultivar maíz y calabaza, y comenzar a repoblar las ciudades del cañón. De esa forma, el pueblo anasazi volvería a resurgir.

Mi anuncio no dejó a nadie indiferente. Mi padre, tras un prolongado silencio, fue el primero en intervenir.

—¿Acaso has logrado contactar con los espíritus de los Antepasados?, ¿han sido ellos los que te han hecho saber que tal cosa debe hacerse?

Negué con la cabeza y después la agaché, ligeramente abochornado. Aquello no había ocurrido y no podía mentir aunque, por otro lado, tampoco invalidaba el plan que les había expuesto.

—Xabel —me advirtió mi madre—, las Montañas del Oeste se encuentran a demasiada distancia del cañón.

—Ya has oído lo que ha dicho Nezahualpilli —repliqué—. La distancia no supone un obstáculo insalvable.

El antiguo mercader azteca medió en la conversación para poner una pizca de cordura y, sobre todo, para tratar de hacerme ver la ingenuidad de mi propuesta.

—Tienes que saber que un acueducto es una complejísima obra de ingeniería que exige, además, una cuantiosa mano de obra para su ejecución. Yo mismo, que he visto uno con mis propios ojos, sería incapaz de planificar su construcción.

Los rotundos argumentos de Nezahualpilli deberían haber bastado para hacerme cambiar de opinión, pero yo continué aferrado a mi idea, convencido de que un poder superior guiaba mis pasos.

—Entonces viajaré hasta Tenochtitlan —me oí decir—. Solicitaré audiencia con el emperador Moctezuma y le pediré que nos ceda a varios de sus ingenieros, así como la suficiente mano de obra para levantar el acueducto.

—Muchacho, ¿sabes lo que dices? Tan solo el viaje te llevará un buen puñado de meses. Cerca de un año, entre la ida y la vuelta. Por no decir que las posibilidades de que el emperador azteca te reciba son prácticamente nulas. Y aunque lo hiciera, nunca atendería tu osada petición.

—No lo sabré si no lo intento —repuse—. Y confío en que los benditos *kachinas* me protejan durante el largo camino.

Nezahualpilli intentó hacerme entrar en razón una última vez.

—Xabel, ¿qué te hace pensar que Moctezuma consideraría siquiera tu descabellada solicitud? ¿Crees que te hará semejante favor solo porque tú se lo pidas?

—Claro que no. Pienso devolvérselo a la menor ocasión. Cuando el pueblo anasazi vuelva a renacer y la agricultura comience a dar sus frutos, pagaremos un tributo al emperador azteca hasta que hayamos saldado por completo nuestra deuda con él.

Nezahualpilli no añadió una palabra más, consciente de que nada me haría cambiar de idea. Y si pensó que yo había perdido la cabeza o algo peor, decidió no expresarlo en voz alta para evitar un conflicto.

Mis padres y mi abuela, por su parte, se hinchieron de orgullo pese a darse perfecta cuenta de lo incierto de mi misión. No en vano ellos llevaban alimentando toda la vida la idea de que yo era el tocado por el Espíritu y que, por tanto, estaba llamado a jugar un papel fundamental en el destino de mi pueblo. Y aquella iniciativa, acertada o no, confirmaba que yo estaba más que dispuesto a asumir mi difícil rol.

Tan solo me sentía mal por Yayahuqui. La pobre no había pronunciado palabra en toda la noche y ahora me observaba con los ojos vidriosos, como si mi marcha implicase que la fuera a abandonar. Abordé aquel asunto de inmediato para dejar claro

que mi reciente decisión no afectaba en absoluto al compromiso que yo había adquirido con ella.

—Yayahuqui, antes de partir me casaré contigo como estaba previsto. —Al oír aquello, una sonrisa despuntó en sus labios—. Pero desearía contar con la ayuda de tu padre para iniciar el viaje que he decidido emprender. —Posé a continuación mis ojos en Nezahualpilli. El antiguo mercader azteca conocía bien las rutas que conducían hasta el mismo corazón de México, situado a una gran distancia de allí.

—Si quieres que te ayude —me contestó—, deberás dejarte aconsejar por mí. —Asentí sin dudar—. Bien, para empezar, no partirás hasta la próxima primavera. Pronto llegará el invierno y cometerías una gran imprudencia iniciando tu viaje en esta época de año. Yo mismo te acompañaré durante una parte del trayecto, hasta llegar a la Gran Cordillera. Los mercaderes aztecas ya no suben más al norte porque no les merece la pena recorrer semejante trayecto para comerciar con pueblos tan humildes. Allí trataré de enrolarte en la caravana de algún comerciante que reemprenda el viaje de vuelta, del que no te separarás hasta alcanzar tu destino.

—Agradecemos tu colaboración, Nezahualpilli —terció mi padre—. Y quédate tranquilo por Yayahuqui. Nosotros cuidaremos de ella durante tu ausencia, mientras acompañas a nuestro hijo.

Cumpliendo lo convenido, me casé con Yayahuqui poco tiempo después. El invierno transcurrió sin incidentes dignos de reseñar. Aunque mi familia no mencionaba el asunto del viaje que me había propuesto realizar, la cuestión flotaba día y noche en el ambiente. Yo traté en numerosas ocasiones de establecer contacto con los espíritus de los Antepasados, confiado en que ratificaran de algún modo mi plan o, por el contrario, me hicieran saber si estaba equivocado, pero todos mis intentos fueron en vano. Cada nuevo fracaso se me hacía más insoportable que el anterior. ¿Qué clase de tocado por el Espíritu era aquel que no podía hacer uso de su don más elemental?

Por otro lado, mi vida en común junto a Yayahuqui logró proporcionarme un grado satisfacción como nunca antes había conocido. En mi esposa descubrí a una osada joven que derrochaba pasión en nuestros encuentros más íntimos y que, al mismo tiempo, se desvivía para que todo estuviese perfecto en nuestro recién estrenado hogar. Yayahuqui no me pedía en voz alta que renunciara a mi delirante empeño, pero sus

elocuentes miradas decían mucho más que las palabras. Se me haría difícil separarme de ella.

Por su parte, Nezahualpilli había albergado la esperanza de que el propio transcurso del tiempo, unido al venturoso inicio de mi vida marital, acabase por hacerme reconsiderar una empresa que él sabía fracasada de antemano, mas estaba equivocado. Cuando llegó la primavera nada me había hecho cambiar de opinión, y yo seguía tan decidido como el primer día a llevar a cabo la misión para la que creía haber nacido. Ni siquiera el creciente amor que sentía por Yayahuqui bastó para hacerme renunciar al largo viaje que durante tanto tiempo me mantendría alejado de ella. Nezahualpilli, a la vista de los hechos, se mantuvo fiel a su palabra y organizó la travesía que me llevaría a tierras mexicanas, rumbo a la espléndida Tenochtitlan.

El día señalado, una atípica mañana entre gélida y soleada, Nezahualpilli y yo nos echamos un fardo a la espalda con las provisiones para el camino. Mis padres me abrazaron e insistieron en que tuviera cuidado. Mi abuela me pidió que nunca olvidara mi origen ni tampoco mi destino. Y mi esposa, con lágrimas en los ojos, me hizo prometer que regresaría sano y salvo, con o sin proyecto de acueducto.

Cuando di el primer paso fue tal mi tristeza, que no tuve el coraje de volver la vista atrás.

\*\*\*

Durante la primera etapa de nuestro viaje recorrimos una extensa área de terreno, de aspecto y clima muy similares a nuestra tierra de origen. Reponíamos fuerzas en poblaciones de comunidades vecinas, como la zuñi o la tihua, donde éramos bien recibidos e incluso nos suministraban gustosamente nuevas provisiones para la travesía. Aproveché aquellas semanas para seguir aprendiendo la lengua *náhuatl*, que tanta falta me haría cuando me internase en territorio azteca. Nezahualpilli resultó ser un maestro excepcional, y me ayudó a perfeccionar la base que Yayahuqui ya me había estado enseñando durante el invierno.

Tuvimos mucho tiempo para hablar, y Nezahualpilli me dio ciertos detalles que yo desconocía acerca de su anterior vida como mercader. Al parecer, él pertenecía al gremio de los *pochtecas*: comerciantes que realizaban viajes de largo alcance, dedicados principalmente a la importación y exportación de artículos de lujo. Los *pochtecas* gozaban de derechos especiales y mantenían una posición envidiable dentro de la

sociedad azteca, si bien esto respondía a una importante razón: dicho colectivo desempeñaba también funciones de espía, informando al emperador azteca de todo cuanto sucedía en las zonas más alejadas de sus dominios.

Pese a que tratamos numerosos temas, noté que Nezahualpilli evitó citar el motivo que me había llevado a emprender aquel viaje, como si creyera que mi proyecto de acueducto no fuese más que una excentricidad carente de sentido.

Cruzamos la cadena montañosa de forma relativamente fácil, gracias a un paso que Nezahualpilli conocía de su pasado como mercader. Arribamos entonces a territorio chichimeca, donde hicimos un alto en cuanto tuvimos oportunidad, en la primera ciudad que nos encontramos en el camino. Habían transcurrido dos meses desde nuestra partida y Nezahualpilli no pasaría de allí, tal y como desde el principio me había advertido.

—Esperaremos al primer *pochteca* que aparezca, y trataré de convencerle para que acepte llevarte con él en su viaje de regreso hasta Tenochtitlan.

Quince días transcurrieron hasta que un mercader azteca se dejó ver por aquella ciudad. Su nombre era Huemac, y Nezahualpilli se reunió en privado con él para pedirle su ayuda. La conversación entre ambos se prolongó bastante, y mi optimismo se evaporó en cuanto advertí el rictus serio con el que Nezahualpilli reaparecía.

—Para empezar, debes saber que la caravana realizará el viaje de vuelta por la ruta de la costa, cuyo trayecto es muchísimo más largo que el camino del interior. Este itinerario te llevará como poco cuatro meses más de travesía.

—El tiempo no es un problema —argüí—. Y todavía tengo determinación de sobra.

—Eso no es todo —prosiguió Nezahualpilli—. Huemac solo te admitirá en su expedición siempre y cuando ejerzas de *tameme*. Y no está dispuesto a pagarte por tus servicios —añadió.

Aquello no lo encajé con tanta filosofía. Los *tamemes* eran los porteadores que acarreaban las mercancías. Su trabajo era extremadamente duro, y el hecho de que se negase a recompensar el esfuerzo que yo realizaría, indicaba muy a las claras que pretendía aprovecharse de mí.

—Puedes aceptar su oferta o esperar a que otro *pochteca* pase por aquí —señaló Nezahualpilli.

Según la población local, eran muy pocos los mercaderes aztecas que se aventuraban por aquellas tierras, por lo que no quise arriesgar y preferí ponerme en marcha aunque fuese en condiciones tan pésimas.

—¿Hay algo más que deba saber? —inquirí.

—No deja de ser una opinión personal pero... hay algo en Huemac que no me gusta.

Me encogí de hombros con cierta resignación.

—Gracias, Nezahualpilli, lo tendré en cuenta. Puedes decirle que he decidido aceptar su proposición.

No me resultó fácil despedirme de Nezahualpilli, por cuanto él representaba el último nexo que me ataba a mi esposa y al resto de mi familia. Un abrazo y un puñado de palabras de aliento resumieron nuestra despedida. Yo le prometí que antes o después regresaría, aun así, Nezahualpilli se limitó a asentir envuelto en un funesto halo de silencio.

La caravana azteca pronto se puso en marcha, lo que para mí significaba que iniciaba una nueva etapa de mi viaje. Atravesamos territorio chichimeca, conformado principalmente por parajes inhóspitos donde solo crecían cactáceas y vulgares matojos, y durante cuyo trayecto fueron incontables los pueblos que conocí: pames, guamares, zacatecos y guachichiles, entre muchos otros. La mayoría de ellos conocían la agricultura y poseían adoratorios, aunque unos pocos eran todavía demasiado primitivos y subsistían únicamente gracias a la caza y la recolección.

Tras mis dos primeras semanas como porteador, pensé que no lo iba a resistir. El resto de *tamemes* —un par de docenas— tenían experiencia en el oficio y gozaban de una excelente preparación. Transportábamos bienes de todo tipo, pero principalmente objetos elaborados en oro, cobre y jade, vestimentas de plumas y pieles de jaguar o de conejo. Con todo, yo tenía la sensación de estar acarreado piedras. El dolor de espalda podía conmigo y ya no me sentía las plantas de los pies. Finalmente, pude convencer a Huemac para que me dejase acarrear menos peso que el resto, solo hasta que mi cuerpo se acostumbrase a la tarea. El *pochteca* aceptó a regañadientes, y solo porque no recibía un salario, más allá de la simple manutención. Aunque el trabajo resultó ser muchísimo más duro de lo que esperaba, yo estaba convencido de que el sacrificio merecería la pena.

Todos mis intentos por trabar amistad con Huemac fueron en vano. El *pochteca* me esquivaba la mirada y otras veces me miraba por encima del hombro, igual que hacía con el resto de los porteadores. Puede que a mí me tuviese incluso en peor

consideración. Yo había pensado valerme de Huemac para llegar hasta Moctezuma, a sabiendas del fácil acceso que los *pochtecas* tenían al emperador. Sin embargo, enseguida tuve que olvidarme de aquella idea.

Tomamos rumbo al este en dirección a la costa y dejamos atrás territorio chichimeca. El paisaje se volvió más frondoso, repleto de exuberante vegetación completamente desconocida para mí. Por contra, noté que el sopor tropical, al que no estaba acostumbrado, afectaba a la resistencia de mis pulmones. Aquel territorio, a diferencia del que habíamos recorrido hasta entonces, ya se encontraba bajo dominio azteca.

Al llegar a la franja costera, los días se tornaron más frescos y agradecemos el aire colmado de salitre que impregnaba los caminos. Conocimos a los huastecos y por vez primera contemplé los templos piramidales que edificaban los indígenas locales, de los cuales tanto había oído hablar a Nezahualpilli. Proseguimos la ruta por la costa en dirección sur, y atravesamos los pueblos totonaca, chinanteca y zapoteca, en los cuales se producía un intenso intercambio de todo tipo de bienes.

Yo no dejaba de fantasear con la construcción de un acueducto que devolviese la vida a la desaparecida civilización anasazi; aquella idea me ayudaba a soportar mejor los rigores del camino. Yo mismo me obligaba a tratar de estar a la altura de Yuma, uno de los personajes históricos más admirados de nuestro pueblo, y último tocado por el Espíritu conocido.

Por último, pusimos rumbo al oeste, hacia el interior de la región, por fin en dirección a Tenochtitlan. Los porteadores con los que tenía cierta amistad me dijeron que ya faltaba muy poco para llegar a nuestro destino. A medida que ascendíamos por el altiplano, la vegetación de tipo tropical fue viéndose sustituida por bosques de pinos y coníferas de gran altura. Por las noches, desde la sierra soplaba un viento helado del que nos teníamos que proteger bien para evitar enfermarnos. El peso de la carga que transportaba ya no me martirizaba tanto como al principio. Cuatro meses de travesía habían bastado para hacer de mí un *tameme* que nada tenía que envidiar a los demás.

Una mañana, el *pochteca* mandó detener la caravana en mitad de un calvero, muy lejos del último pueblo que habíamos dejado atrás. Enseguida noté que los porteadores se ponían tensos y procuraban evitar la mirada de Huemac, que nos observaba con gesto serio y decidido. A continuación señaló a uno de los porteadores más veteranos y después, a mí. Huemac sustituyó la carga que llevábamos por mantas de algodón. Teníamos que desplazarnos hasta el pueblo más cercano y llevar a cabo

nosotros mismos la transacción. Aquello me resultó de lo más extraño. Hasta la fecha, Huemac se había ocupado siempre de negociar personalmente los intercambios de bienes.

Me limité a obedecer y me interné junto a mi compañero en el bosque que tenía enfrente. Por su forma de actuar, él ya contaba con experiencia y sabía lo que teníamos que hacer.

—Acabamos de entrar en territorio tlaxcalteca —desveló, como si aquello lo explicara todo, hasta que se dio cuenta de mi lejana procedencia, y de que yo no tenía por qué conocer los entresijos que tenían lugar en aquella región—. Aztecas y tlaxcaltecas se hallan sumidos en un interminable conflicto, y las batallas entre ambas naciones no se dejan de suceder —explicó—. En tierras tlaxcaltecas no crece el algodón, ni tampoco disponen de minas de sal, de manera que para castigarles, los aztecas han impuesto un embargo para que nadie les provea de dichos bienes.

—Y Huemac acostumbra a eludir la prohibición —completé—, aunque para no correr riesgos, evita actuar él mismo y envía en su lugar a algunos de sus *tamemes*, ¿no es cierto?

—Así es. Los tlaxcaltecas están dispuestos a pagar precios muy elevados. Sin embargo, corremos un gran riesgo porque nos hallamos en una franja fronteriza.

Me sentí engañado y me juré no llevar a cabo ninguna otra operación de contrabando una vez que hubiese cumplido con aquella.

—¿Y qué ocurriría si guerreros aztecas nos sorprendieran en este momento?

—El delito está penado con la esclavitud.

El silencio se impuso durante el resto de la marcha, hasta que un individuo con el rostro pintado apareció en mitad del camino enarbolando una pesada lanza. Mi compañero me tranquilizó. Se trataba de un explorador tlaxcalteca.

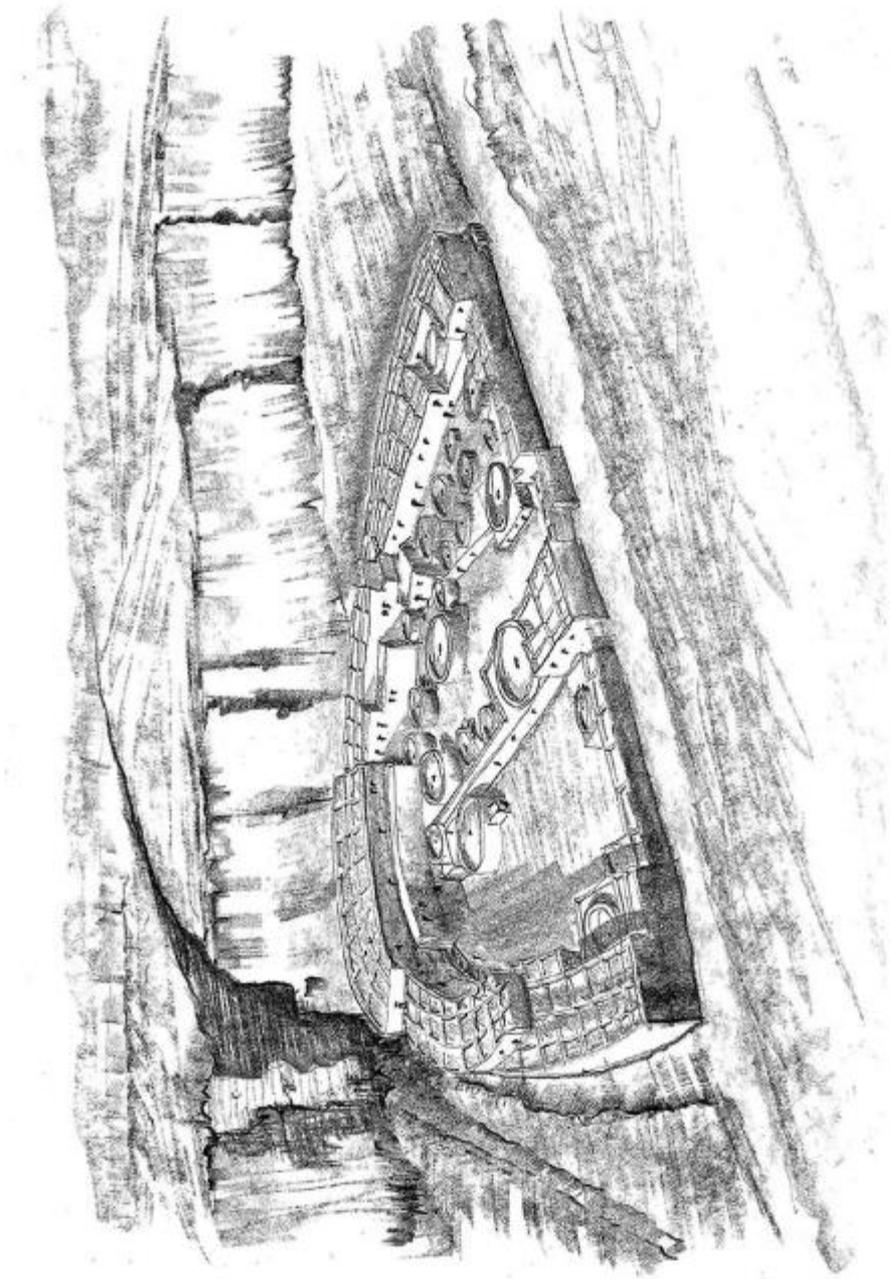
El explorador examinó la mercancía que transportábamos y nos pidió que le siguiéramos. Por supuesto, si hubiese querido, podría habernos matado para robarnos el género; ahora bien, si los tlaxcaltecas actuaran de aquella manera, ningún otro *pochteca* volvería a hacer negocios con ellos.

Apenas habíamos avanzado unos pocos metros cuando el tlaxcalteca mandó detenernos. Había percibido algún tipo de movimiento sospechoso entre la maleza, que le llevó a detenerse en seco y a observar en todas direcciones con gesto felino. De repente, gritos y un tremendo caos. Un grupo de guerreros aztecas emergió de la arboleda, armados con lanzas y mazos de madera. Al parecer, nos habían venido

siguiendo durante largo rato sin que nos hubiésemos dado cuenta. Mi compañero reaccionó con rapidez y, tras desprenderse de su carga, inició una desesperada carrera rumbo al lugar de donde veníamos. Al mismo tiempo, el tlaxcalteca decidió escapar en dirección opuesta, al saberse en clara inferioridad numérica frente al enemigo.

Me atraparon antes de que pudiese dar un solo paso. Y como me resistí a ser inmovilizado, uno de los guerreros me asestó un fuerte golpe en la cabeza.

Un instante después, todo a mi alrededor se tornó en oscuridad...



Ciudad Chaco. Región del Cañón del Chaco.

## CAPÍTULO 1

*Principios del siglo XII*

*Cañón del Chaco. Territorio anasazi*

Bien entrada la mañana, Nootau abandonó la cámara real situada en la tercera planta e inspiró una bocanada de aire puro. El sol incendiaba las paredes del cañón, tiñendo de ámbar planicies y mesetas. Nubes pasajeras se enredaban entre las cordilleras más altas y acariciaban las irregulares líneas de riscos.

Ciudad Chaco se extendía a los pies de Nootau rebosante de vida. Las mujeres trabajaban en las terrazas, donde se llevaban a cabo la mayor parte de las actividades cotidianas, como moler maíz o tejer mantas en amplios telares. Un grupo de esclavas se ocupaba de limpiar las máscaras ceremoniales que los sacerdotes les habían entregado. Los niños jugaban en la plaza e incordiaban a los perros que se dedicaban a holgazanear. El mercado de la explanada oriental comenzaba a cobrar vida, mientras un destacamento de guerreros se ejercitaba fuera del recinto amurallado que delimitaba la ciudad.

El territorio anasazi estaba conformado por dos regiones separadas: Cañón del Chaco y Mesa Verde. Nootau gobernaba la primera, integrada por una docena de ciudades distribuidas a lo largo de la profunda garganta, así como por un sinnúmero de pequeñas aldeas repartidas a su alrededor, cuyos habitantes se dedicaban principalmente al cultivo de las tierras. Desde donde se hallaba, Nootau podía distinguir con claridad varias ciudades y vislumbrar en la lejanía algunas de las aldeas situadas a menor distancia. Ciudad Chaco, que hacía las veces de capital, estaba poblada en su mayor parte por dignatarios, altos funcionarios, sacerdotes, prósperos mercaderes y una nutrida representación de guerreros. La región de Mesa Verde, por su parte, estaba situada más al norte y se hallaba dirigida por un monarca distinto. No obstante, Nootau tenía planes para asumir también el dominio sobre aquella región y unificar a la nación anasazi bajo un único mando, encarnado por él mismo. La importancia adquirida por Ciudad Chaco como centro neurálgico de poder le brindaba la oportunidad de dar aquel osado paso. Bajo su gobierno, Ciudad Chaco había adquirido una poderosa fuerza militar y se había consolidado como el lugar de celebración de los festejos religiosos más sagrados, así

como de los mercados más multitudinarios, en los cuales se daban cita comerciantes venidos de las naciones más remotas.

El monarca atravesó las terrazas e inició el descenso por las escaleras de mano. Los habitantes de Ciudad Chaco se inclinaban respetuosamente a su paso y dos centinelas que no se separaban de su lado le seguían a corta distancia. A sus treinta y siete años, Nootau aún se conservaba fornido como consecuencia de su preparación como guerrero, a pesar de no haber participado en excesivas batallas. Era bastante alto —por encima de la media—, y su rostro cobrizo desprendía un aire solemne debido a sus pómulos salientes y a su prominente nariz aguileña. El monarca anasazi lucía una camisa adornada con púas de puercoespín cosidas a las mangas, mocasines decorados con campanillas de cobre y un tocado rematado con plumas de guacamayo rojas y verdes.

Más allá del miedo que su cargo infundía, Nootau había sabido ganarse el respeto de su pueblo y, tras dieciséis años de sólido gobierno, su capacidad de liderazgo había quedado fuera de toda duda. Su buen hacer y su firmeza le habían librado hasta la fecha de haber sido derrocado por algún sector de la nobleza aspirante al poder, como había ocurrido otras veces en el pasado.

No obstante, en los últimos tiempos había crecido en Nootau una gran preocupación por el futuro de su pueblo. Una interminable sequía que ya se prolongaba durante más de nueve veranos estaba causando estragos en las cosechas; había incluso desecado el cauce de algunos ríos. Semejante catástrofe no podía haber llegado en peor momento, justo cuando la población anasazi se había multiplicado debido al clima favorable del que habían gozado durante la generación anterior. Ahora, sin embargo, los dioses les habían dado la espalda, y ni todas las oraciones y danzas de los sacerdotes parecían bastar para arrancarles el perdón.

En la plaza le esperaba el maestro constructor, a quien previamente Nootau había hecho llamar. El perspicaz hombrecillo, capaz de diseñar edificios de tres plantas de altura y conocido por el sobrenombre de Mente Despierta, inclinó la cabeza ante su soberano.

—¿Cómo van los preparativos para la obra?

Nootau había ordenado construir una planta más —la cuarta—, para añadir más cámaras a la ciudad y aumentar así su aforo. Desde un punto de vista arquitectónico, los constructores le habían asegurado la viabilidad del proyecto.

—Mi señor, un destacamento de trabajadores, reforzados por un grupo de esclavos, ya se han desplazado hasta las canteras. Al mismo tiempo, otra cuadrilla ya ha iniciado la tala de pinos del bosque más cercano.

Los susodichos preparativos implicaban la extracción de toneladas de piedra, que debían ser acarreadas hasta la ciudad, junto a grandes cantidades de agua y arena para la mezcla de adobe. Por su parte, la madera se utilizaría para el soporte de la techumbre y como travesaños horizontales que se incrustarían en las paredes, así como para fabricar dinteles y andamios.

Nootau despidió a Mente Despierta, no sin antes recordarle que antes del equinoccio de otoño la obra debía estar finalizada.

El monarca anasazi decidió entonces efectuar una visita a sus hijos, antes de iniciar su rutina de trabajo habitual. Kokopelli le había bendecido con tres hijos varones de trece, doce y once años de edad, a los que amaba con devoción y de los que se sentía tremendamente orgulloso.

Su hijo mayor, quien guardaba un extraordinario parecido con su progenitor, plasmado especialmente en su voluminosa nariz aguileña, estaba siendo instruido en la cámara adyacente al barracón. Mongwau, en su condición de primogénito, le sucedería algún día en el cargo y gobernaría sobre la región del Cañón del Chaco, y muy probablemente sobre todo el pueblo anasazi, siempre y cuando Nootau lograra asumir también el mando de Mesa Verde. Por ello, Mongwau debía adquirir el conocimiento sobre múltiples materias, entre ellas el arte de la guerra, asunto sobre el cual estaba llamado a tomar decisiones importantes.

Nootau accedió al interior de la cámara cuadrada, ornamentada en su extremo opuesto por una colección de cabelleras que colgaban del techo a modo de trofeo, todas ellas arrancadas durante la batalla a sus enemigos. Sobre una pared reposaba un amplio repertorio de armas de guerra, entre las que destacaban arcos y flechas, puñales de hueso y mazas de piedra. Una ventana en la pared y la abertura del techo permitían que un doble chorro de luz natural penetrara en la estancia. Mongwau estaba sentado en el suelo junto a Uzumati, el jefe de guerra, que manipulaba una serie de figurillas de madera, de las cuales se valía para explicar los aspectos tácticos del combate, como las claves para la defensa de una ciudad, la preparación de una emboscada o la protección de una aldea.

Uzumati se puso en pie en cuanto vio aparecer al monarca. El jefe de guerra llevaba poco tiempo en el cargo, desde el reciente fallecimiento de su antecesor.

—Siéntate, por favor.

—Gracias, mi señor.

Pese a que Uzumati era bastante joven, ya gozaba de una amplia experiencia en el campo de batalla, tal como probaba la presencia de una fea cicatriz que le atravesaba el rostro en diagonal. Nootau le había elegido no solo por su bravura, sino también por la ferviente lealtad que siempre le había profesado.

—¿Cómo progresa mi hijo? —inquirió.

—Mongwau es inteligente —señaló Uzumati—, no obstante, no creo que preste toda la atención que debiera.

Mongwau chasqueó la lengua en señal de protesta.

—Padre, esto me aburre. Lo que yo desearía es ser adiestrado por Uzumati en el uso de las armas. Ahora mismo debería de estar practicando con el arco y la flecha para mejorar mi puntería.

—Hijo, también tendrás ocasión de formarte como guerrero. Pero debes comprender que cuando me sucedas, tomarás decisiones importantes en el ámbito de la guerra, de las cuales dependerá la supervivencia de nuestro pueblo.

Mongwau se cruzó de brazos y agachó la cabeza en señal de frustración.

—No te moverás de aquí hasta que hayamos finalizado la lección —señaló Uzumati—, y hasta el momento no te has aplicado.

Mongwau apretó los labios y acto seguido barrió las figurillas dispuestas en el suelo de un solo manotazo. Durante aquel instante de tensión, Uzumati procuró no perder los nervios; estaba acostumbrado a los accesos de ira de Mongwau. Por su parte, Nootau decidió mantenerse al margen para ver cómo resolvía la situación el jefe de guerra.

—Ahora tendremos que empezar de nuevo —sentenció Uzumati—. Y solo cuando hayamos terminado dejaré que te ejercites junto a mis guerreros en el exterior, no antes.

Nootau abandonó la cámara y se dirigió hacia el extremo opuesto de la plaza. Abstraído, pensaba que seguramente habían educado a Mongwau con excesiva tibieza. El muchacho era caprichoso e impulsivo y desafiaba constantemente las órdenes que recibía de los demás. El episodio que acababa de protagonizar con el jefe de guerra constituía una buena prueba de ello. A los niños se les enseñaba a sentarse en plena naturaleza para que sintieran el vínculo que les unía a la Madre Tierra, y de ese modo

aprendiesen a escuchar el silencio y a observar lo que solo se podía apreciar con los ojos del corazón. Mongwau, sin embargo, nunca había tenido paciencia para nada de eso.

Nootau admitía su cuota de responsabilidad en el proceso, pero no le cabía la menor duda de que la madre del crío había tenido más culpa que él. El monarca alejó aquellos pensamientos de su cabeza y avanzó a grandes zancadas, apartando del camino a una bandada de pavos que no cesaba de graznar. Al pasar junto a la *kiva* principal, las profundas voces de los sacerdotes se alzaron desde el subsuelo.

Cuando alcanzó las plantas situadas en la cara sur de la ciudad, Nootau inició un nuevo ascenso por las escaleras para ver a su hijo mediano. Bayou, que había heredado la complexión física de su madre, era un niño rollizo y de baja estatura, que apenas guardaba parecido con su hermano mayor. Nootau cruzó las azoteas y caminó en dirección a la cámara del sumo sacerdote situada en el tercer piso. De entre un amplio abanico de opciones, Bayou había mostrado un claro interés por la carrera sacerdotal, elección que satisfizo enormemente a sus padres. Su preparación ya había comenzado, y Nootau aspiraba a que su segundo hijo ocupase el cargo de sumo sacerdote algún día.

El monarca se detuvo ante la cámara de la principal figura religiosa de la región y apartó unos centímetros la cortina que hacía de puerta. El techo estaba pintado imitando un firmamento lleno de estrellas y en las paredes se veían los rostros de varios *kachinas* dibujados con extraordinaria perfección. Bajo la ventana había una hilera de vasijas repletas de hierbas sanadoras y el suelo estaba cubierto con alfombrillas de sauce. Ouray, de figura espigada y ojos saltones, era un hombre bastante mayor que el monarca, enfrentado en la actualidad a una difícil situación por culpa de la sequía. Los aldeanos creían que los sacerdotes atraían la lluvia y, por ello, varias veces al año acudían de todas partes para participar de las ceremonias y sobrecogerse ante la monumentalidad que ofrecía la visión de Ciudad Chaco. La escasez de precipitaciones, sin embargo, no dejaba últimamente a los sacerdotes en buena posición.

Bayou y Ouray oraban en voz alta, con los ojos cerrados y sus espíritus muy lejos de allí.

Nootau se mostró complacido y, dadas las circunstancias, prefirió no interrumpir y salir de nuevo a la terraza. Entonces ordenó a uno de los centinelas que le acompañaba que averiguase dónde se encontraba el menor de sus tres hijos: Yuma.

\*\*\*